



CTSCAFE PARA CIUDADANOS.....

<http://www.ctscafe.pe>

ISSN 2521-8093



Lima, julio de 1821



Dr. Luis Guzmán Palomino
Universidad Nacional de Educación Enrique Guzmán y Valle
Correo Electrónico: lguzman@une.edu.pe

Resumen: Breve crónica sobre algunos sucesos que se desarrollaron en Lima en julio de 1821, desde la evacuación de los realistas hasta la proclamación de la independencia. Anotaciones respecto a la opción pacífica que adoptó San Martín contrariando la belicista que tuvieron Arenales, Miller, Cochrane y otros mandos patriotas; la reacción de la población limeña ante la proximidad de los independentistas; el temor que generó entre las gentes acomodadas una posible entrada de los guerrilleros y el rumor que se esparció sobre una inminente sublevación de los esclavos negros; en que Lima se convirtió en una ciudad silente con cierrapuertas total y el casi inmediato retorno a su normalidad festiva al prometerseles a sus ricos vecinos que sus propiedades y privilegios serían respetados. Detalles sobre el alborozo del vecindario limeño en las jornadas del 15 y 28 de julio, a partir del relato dejado por los protagonistas de estos sucesos, especialmente viajeros extranjeros. Mención a las promesas de redimir a las clases oprimidas; y un ligero apunte en torno a las celebraciones festivas que con presencia de las tapadas marcaron el epílogo de la proclamación de la independencia, hasta el inesperado proceder de San Martín convirtiéndose en un Protector que solo sería celebrado por breve tiempo.

Palabras claves: Lima/ San Martín/ Viajeros/ Esclavos/ Guerrilleros.

Abstract: Brief chronicle on some events that took place in Lima in July 1821, from the departure of royalists to the proclamation of independence. Notes regarding the option of peace adopted by San Martín, contrary to the warmongering of Arenales, Miller, Cochrane and other patriotic leaders; the reaction of the Lima population to the proximity of the independentistas; the fear that a possible entry of the guerrillas generated among the wealthy people and the rumor that spread about an imminent uprising of the black slaves; in which Lima became a silent city with total door closers and the almost immediate return to its festive normality by promising its wealthy neighbors that their properties and privileges would be respected. Facts about the joy of the Lima neighborhood on the days of July 15 and 28, based on the story left by the protagonists of these events, especially foreign travelers. Concernings about promises to redeem the oppressed classes; and a few observations about the festive celebrations that with the presence of the "tapadas" marked the epilogue of the proclamation of independence, until the unexpected action of San Martín becoming a Protector that would only be celebrated for a short time.

Keywords: Lima/ San Martín/ Travellers/ Black slaves/ Militians.

Résumé : Brève chronique de quelques événements qui se sont déroulés à Lima en juillet 1821, depuis l'évacuation des royalistes à la proclamation de l'indépendance. Annotations concernant l'option pacifique adoptée par Saint-Martin en contrariant celle belligérante qu'avait Arenales, Miller, Cochrane et d'autres commandants patriotes; la réaction de la population limeña à la proximité des indépendantistes; la peur qu'a généré parmi les peuples aisés l'entrée possible des guérilleros et la rumeur qui s'est répandue sur un imminent soulèvement des esclaves noirs; que Lima est devenue une ville silencieuse avec la fermeture totale des portes et puis le retour presque immédiat à sa normalité festive en promettant à ses riches voisins que leurs biens et privilèges seraient respectés. Détails sur l'agitation joyeuse du quartier limeño lors des journées des 15 et 28 juillet, à partir du récit laissé par les protagonistes de ces événements, en particulier les voyageurs étrangers. Mention des promesses de libérer les classes opprimées; et un léger point autour des célébrations festives qui, en présence des « tapadas », marquaient l'épilogue de la proclamation de l'indépendance, jusqu'à la démarche inattendue de Saint-Martin devenant un Protecteur qui ne sera célébré que pour une courte période.

Mots-clés: Lima/ Saint-Martin/ Voyageurs/ Esclaves noirs/ Guérilleros.

1. Introducción

91 Promediando 1821 los jefes realistas eran conscientes del declive en que estaba el poderío colonial en la América del Sur. El 24 de junio de 1821 la independencia de la Gran Colombia se sellaba con el triunfo de Bolívar en Carabobo y solo quedaba resistiendo la provincia de Pasto, estando por dilucidarse la suerte de Quito y la cuestión de Guayaquil. Algunos jefes realistas abrigaban todavía la esperanza de ser socorridos por la metrópoli, pero en España se agudizaban por entonces las discordias políticas y aunque no pocas voces se alzaban a favor de reconocer la independencia americana, el voluble Fernando VII se mostraba contrario a la primavera liberal iniciada en 1820 y dedicaba todos sus afanes a promover la reacción absolutista. El general La Serna seguía en la incertidumbre, pues al no ser reconocido como virrey del Perú por la corona insistía en renunciar; truncadas sus negociaciones con San Martín decidió evacuar Lima y finalizando junio de 1821 el grueso de su ejército, al mando de Canterac, tomó el camino de la sierra por Lurín, para prepararle el camino que se aprestaba a seguir. Esperaba reorganizarse en el interior y establecer en el Cuzco su nueva sede de gobierno; pero los generales que lo sostenían, en su mayoría constitucionalistas, se mostraron confundidos, y no iba a tardar en manifestarse la oposición de los más conservadores en el Alto Perú. Los realistas pudieron ser batidos, o por lo menos golpeados, por las fuerzas patriotas del general Arenales y las guerrillas que controlaban la sierra central, pero San Martín ordenó evitar el choque, ocasionando molestia. Contradicciones las hubo tanto al interior del ejército realista cuanto del patriota.

2. El fingido belicismo de San Martín y el pánico de los limeños.

Favorecido por diversas circunstancias San Martín preparó su tránsito a Lima. A bordo de la goleta *Moctezuma* se situó frente al Callao y el 26 de junio, frustrado el proyecto de acordar con La Serna un armisticio por otros dieciséis meses, rompió las hostilidades con una demostración de fuerza. Quiso así presionar la salida de La Serna y ocupar Lima sin disparar un tiro, pero ante Bernardo O'Higgins, director supremo de Chile, presentó una

curiosa explicación, a lo que parece para demandarle entre líneas el pago de la escuadra, que tenía atrasado. Le dijo que se había visto obligado a rechazar el nuevo armisticio pese a sus condiciones favorables y que no enviaba la escuadra de regreso a Chile entendiendo que O'Higgins no estaba en condiciones de pagar lo mucho que se le adeudaba. Y añadió que por ello emprendía “la guerra más feroz y destructora que han conocido los vivientes”, en un lenguaje muy distinto al que solía emplear:

[...] ¿ Y la escuadra? ¿Cómo se la remito a Chile, cuando sé que no tiene Ud. un solo peso con que pagarla? Yo podría sostenerla en este intervalo [...] En este caso, y por otras razones que expondré a Ud. me he decidido a la continuación de la guerra más feroz y destructora que han conocido los vivientes, no por las balas y trabajos, sino por la insalubridad de estas infames costas, especialmente desde que llegó el ejército, pues no hay memoria de tantas enfermedades como en esta época (Paz Soldán, 1868, pp. 466-467).

Pero no hubo guerra alguna ya que La Serna publicó el 5 de julio una proclama anunciando que dejaba la capital. Señaló el Callao para refugio de los vecinos que se creyesen amenazados, porque en esa plaza, consideraba inexpugnable, dejaba una división al mando del mariscal La Mar. El anuncio provocó gran alarma en la población limeña, donde no se vivía precisamente un clima revolucionario, pues era bastante reducido el cenáculo de esforzados patriotas. El pánico se apoderó sobre todo de los vecinos acaudalados, que tomaron el camino del Callao a pie, a caballo y en carruajes, portando equipajes, valores y todo lo que podían cargar sus mulas y sus esclavos, en medio de una gran confusión y griterío, mientras no pocas mujeres buscaban refugio en los conventos. Esa noche, reinando el trastorno, algunos miembros del cabildo se presentaron ante el capitán escocés Basil Hall, jefe de la escuadra británica en el Pacífico, que se hallaba a bordo del buque *Conway*, rogándole el envío de su tripulación a Lima para preservar la propiedad pública y privada. Hall pudo enviar solo una partida de marineros, de modo que en la mañana del 6 de julio la desesperación de muchos limeños se acrecentó viendo alejarse al Virrey con el resto de su ejército por la misma ruta del sur que días antes había tomado Canterac. La Serna notificó a San Martín su salida y le solicitó ocupar pacíficamente la ciudad, donde dejaba como gobernador político y militar al “noble señor don Pedro José Zárate y Navia, mariscal de campo, conde de Valle Oselle y marqués de Montemira [...], viejo bondadoso y respetable, pero desnudo de toda energía” (Leguía y Martínez, 1972, t. IV, p. 459), escogido como el más idóneo para cumplir una sola misión: la de entregar Lima. La única fuerza que dejó La Serna fue un mermado Regimiento de la Concordia y como fuese informado de la cercana presencia de los guerrilleros, escribió a San Martín:

[...] como se hallan inmediatas varias partidas del mando de V. E, es de creerse que traten de introducirse en la ciudad al momento que sepan la salida del mío, lo cual traerá males irremediables a los habitantes de la población y a los mismos intereses de V. E. Por esto es que me adelanto a participárselo inmediatamente para que con tiempo dé las órdenes que crea oportunas, para que no se altere el orden (Odriozola, 1873, t. IV, pp. 258-259).

La escuadra de Cochrane bloqueaba el puerto y San Martín, que había llegado al Callao a bordo de la goleta *Sacramento*, se mantuvo expectante, mientras el mariscal La Mar, custodiando un apreciable material de guerra, pasaba a encerrarse en el Callao. Nadie creyó en Lima que fuese suficiente los marineros enviados por Basil Hall y los milicianos del marqués de Montemira para mantener el orden público. Y por ello se verificó la fuga de muchos, en tanto que optaban por el encierro total los que se quedaban, de modo que a mediodía de ese 6 de julio las calles de Lima lucían solitarias. No pocos realistas de la víspera, sobre todo criollos, tomaban a esa hora la decisión de hacerse independentistas, esperando preservar así sus posesiones y prerrogativas. Pero además del miedo al

desembarco de los patriotas, lo que temieron en ese trance fue una insurrección de los negros, según relata el capitán del *Conway*:

Un terror vago de alguna terrible catástrofe era la causa de ese pánico universal; pero había también una fuente de alarma que contribuía en gran manera al extraño efecto [...] Esta era la creencia, de intento propagada, y acogida con el ansia enfermiza del terror, que la población esclava de la ciudad pensaba aprovechar la ausencia de las tropas para levantarse en masa y masacrar a los blancos (Hall, 1971, p. 227).

Un prestigioso historiador decimonónico anotó que en medio de la confusión y el trastorno “nada era más peligroso que la multitud de los negros que intentaban aprovecharse de tan críticos momentos, entregándose al saqueo y a satisfacer sus pasiones” (Paz Soldán, 1868, p. 183). Reflejaba lo consignado en los relatos de los viajeros extranjeros que recorrían Lima por esos días:

En aquel tiempo los desmanes cometidos por los negros en la ciudad eran verdaderamente repugnantes, y en su mayoría iban dirigidos a sus antiguos amos. Se les había insinuado las medidas que se iban a tomar a su favor, y por lo tanto habían planeado cada uno su venganza (Caldcleugh, 1971, p. 185).

Sumaban 15 mil los negros esclavizados en las haciendas vecinas a la ciudad. Después de la fuga a discreción, Lima, a los ojos de un viajero, dio la apariencia de ser “una vasta ciudad de muerte”, con sus calles desiertas, las puertas de las casonas trancadas y las ventanas completamente cerradas. Solo los comerciantes británicos de la capital, que no eran pocos, mantuvieron la calma, tras recibir de Cochrane seguridades de que se respetarían sus propiedades. Con el paso de las horas, un buen número de vecinos se congregó en la mansión del marqués de Montemira para deliberar sobre la situación. Se oyeron allí las reflexivas voces de algunos patriotas sinceros, pero también las exaltadas de los conversos de última hora, que presionaron un acuerdo de condenar al Virrey e invitar a San Martín para que los protegiese, tanto de los esclavos negros que podían sublevarse cuanto de los indios como llamaban a los guerrilleros que se hallaban en las inmediaciones de Lima. La nota que el 6 de julio dirige Montemira a San Martín es bastante ilustrativa al respecto:

Nadie duda que V. E. cumplirá religiosa y generosamente todo lo que tiene anunciado y comprometido por sus papeles públicos, en orden a la seguridad personal e individual, de las propiedades, bienes, y cosas de sus vecinos y habitantes, sin distinción ninguna de origen ni castas: pero lo que más interesa en la actualidad, es que V. E. expida las instantáneas providencias que exige la vecindad de los indios y partidas de tropas que circundan la ciudad, y que en estos momentos de sorpresa podían causar muchos desórdenes si V. E. no ocurre oportunamente a precaverlos; con este fin, y el de que V. E. quede cerciorado del estado de las cosas, dirijo a V. E. a don Eustaquio Barrón, y espero que se sirva contestarme para tranquilidad y satisfacción de este vecindario, tanto sobre lo principal cuanto sobre los medios de realizarlo, como se espera de su carácter público y privado (Odrizola, 1873, t. IV, p. 257).

El temor de los limeños debió crecer con la incursión nocturna de un piquete a caballo, “sin orden del general San Martín” (Stevenson, 1971, p. 293). Compartieron los extranjeros esa inquietud, al creer que entraban los temidos guerrilleros, a quienes consideraban indisciplinados y salvajes:

No era solamente de los esclavos y de la plebe que se tenía miedo, sino, con más razón, de la multitud de indios armados que rodeaban la ciudad, quienes, aunque bajo las órdenes de oficiales de San Martín, eran tropas salvajes e indisciplinadas y podrían entrar a la plaza en masa tan pronto como la evacuasen los españoles. Estos indios auxiliares estaban tan cerca

que podíamos verlos indistintamente desde las calles, trepados en los altos que caen a la ciudad (Hall, 1971, p. 228).

Pero en la mañana del 7 se presentaron en Lima dos emisarios de San Martín portadores de la tranquilizadora respuesta que remitía al Cabildo otorgándoles las seguridades solicitadas:

Yo estoy dispuesto a correr un velo sobre todo lo pasado y desentenderme de las opiniones políticas que, antes de ahora, hubiese manifestado cada uno. V. E. se servirá tranquilizar con esta mi promesa a todos los habitantes. Las acciones ulteriores son las únicas que entran en la esfera de mi conocimiento; y seré inexorable contra los perturbadores de la tranquilidad pública (Odriozola, 1873, t. IV, p. 259).

San Martín escribió también al arzobispo Bartolomé María de Las Heras, exhortándole a que tranquilizase a su feligresía, aunque era conocida la poca simpatía que tenía este prelado por los independentistas. Envió además un pliego al marqués de Montemira asegurándole que no quería entrar en Lima como conquistador y que sus soldados obedecerían las órdenes que se dignase transmitirles. Esa calculada zalamería provocó inmensa alegría entre los limeños, tanto de las clases ricas como de los sectores populares, y a partir de entonces, dice un testigo ocular de los hechos, Lima volvió a ser la misma, persistiendo el temor solo entre los más recalcitrantes realistas que no pudieron abandonar la ciudad, pues circularon amenazas contra ellos.

En un par de días volvió a su quicio: las tiendas se reabrieron; se veían mujeres por todas partes escabulléndose de los conventos; los hombres se aventuraban a fumar en la plaza; las calles se llenaban de gente que volvía a sus hogares, y de mulas cargadas con baúles, cajones y utensilios domésticos de toda clase; las campanas tañeron de nuevo; los vendedores pregoneros ensuciaban como antes y la gran ciudad una vez más volvió a su acostumbrado ruido y baraúnda (Hall, 1971, p. 230).

94

3. Una guerra de papel y de escritorio.

San Martín anunciaba a O'Higgins que el ejército libertador estaba por ingresar en la "Ciudad de los Pizarros". Pero exageraba la trascendencia del hecho al señalar que el abandono de Lima por los realistas "aseguraba la independencia de la América del Sur". San Martín se equivocaba, no solo en sus palabras sino también en sus acciones:

Asegurada la independencia de América... ¿por qué? Libre el Perú... ¿cómo? Si dejada una guarnición insuficiente para garantizar el orden urbano y prevenir cualquier ataque o sorpresa de parte del doble millar de españoles dejados por La Serna en los castillos, hubiera inmediatamente salido en persecución de este último; si abandonando la estrategia de observación y de espera [hubiera] entrado en una campaña de verdad, que impidiese al enemigo rehacerse y produjera en él igual o mayor daño que el que en su penetración causó la misión de Arenales; si encerrando al adversario en un círculo de hierro con el vencedor de Pasco dentro y sus propias huestes fuera, [lo hubiera] obligado, cansado, enfermo por la marcha y la deserción, a hacer alto y presentar cara, así en detalle, con vehementes probabilidades de triunfo, aniquilando toda resistencia posible; [si hubiera] concluido la campaña y la guerra; entonces sí podría haber dicho, y con razón, que estaba asegurada la independencia de América, por haberse conquistado la del Perú. Pero no tenía derecho de decirlo quien abría, en ese instante mismo, tan largo paréntesis de inacción; quien, suspendiendo de plano las operaciones, dejaba en absoluta tranquilidad a sus contrarios [...]; quien revelaba no haber tenido plan claro ni objetivo seguro; quien, plantándose en Lima como un poste, consagróbase, de modo exclusivo, a la pacífica tarea de expedir

decretos [y] se entretenía en una guerra de papel y de escritorio (Leguía y Martínez, 1972, t. IV, pp. 373-374).

Incluso Bartolomé Mitre, biógrafo y apologista de San Martín, criticaría esa inacción, pues los testimonios de Cochrane, Miller y Arenales fueron contundentes. Leguía y Martínez, poniendo en claro que su afán no era calumniar, reiteró que la salvación de La Serna y Canterac tuvo por única causa la incuria de San Martín:

Fraccionado el ejército realista en dos divisiones primarias -la que salió con Canterac el 25 de junio y la que el 6 de julio se movió con el virrey mismo- y mediando entre ambas evacuaciones un lapso de once días, pudo bien el general argentino disponer que Arenales, hábil y audaz, previsor y astuto, y dotado de elementos bastantes para el objetivo, se encargase de copar la división de Canterac, en tanto que él, con el ejército que quedaba a sus órdenes a las puertas de Lima, suficiente para medirse con la división. La Serna, asaltaba a ésta en plena marcha, antes de llegar a los primeros contrafuertes de la cordillera occidental (Leguía y Martínez, t. IV, 1972, p. 371).

En la tarde del 7 entraba en Lima un destacamento de caballería y en la mañana del 8 otro de infantería, enviados por San Martín para asegurar el orden en toda la ciudad. Desembarcó también ese día el resto del ejército, que plantó campamento desde el Callao hasta Mirones, como dando a entender a La Mar un asedio. San Martín decretó un toque de queda para contener a gente tumultuosa que so pretexto de festejar a la patria hacía salidas nocturnas para asaltar comercios, y patrullas a caballo vigilaron que nadie saliese después de las ocho, con orden de fusilar a los que incumplieran tal restricción. Así fue que los limeños soportaron encerrados en sus casas un fuerte movimiento sísmico pues solo se permitieron salidas nocturnas a los curas, si acaso alguien requería la extremaunción, y lo hicieron en carruajes que anunciaban su paso con el tintinear de una campanilla.

95

4. Un sismo anuncia que San Martín ha entrado en Lima.

En ese ambiente, el Ayuntamiento de Lima creyó llegado el momento de recibir a San Martín, y lo iba a hacer con todo el aparatoso ritual que había empleado cortesanamente durante la dominación colonial. El historiador argentino Pablo Ortemberg ha aludido al “miedo histórico de la élite” en esos días, describiendo con detalle las similitudes que existieron entre la entrada de San Martín en Lima y la de los anteriores virreyes (2016, p. 234). Aceptó el capitán general la invitación del Cabildo, pero postergó aún su ingreso oficial. En la tarde del 9 una división ingresó por Monserrate y ocupó los cuarteles de Lima. Esa noche, cuenta un viajero británico, San Martín “entró de incógnito” (Stevenson, 1971, p. 293), sorprendiéndolo el movimiento sísmico del que un recalitrante realista dejó el siguiente recuerdo:

[...] ocupó Lima en la noche del 9 de julio, noche señalada por el autor de la naturaleza con un temblor de tierra de los más fuertes y de más duración que se hayan sentido en aquellos países donde son frecuentes: aciaga noche en la que marcó el Creador Supremo con indelebles caracteres de luto y horror su desagrado divino contra los impíos e infieles vasallos del monarca español, noche terrible que aguijoneó las criminales conciencias, aun de los menos crédulos, e hizo titubear a los más arrogantes republicanos (Torrente, 1830, t. III, p. 169).

Otra versión refiere que la goleta *Sacramento* se movió la tarde del 10 del Callao a Chorrillos, desprendiendo un bote cuyo único tripulante, San Martín, fue recibido en la playa por dos hombres que llevaban tres caballos. Esa comitiva se dirigió a Lima y entró a la ciudad por la portada de San Juan, caída ya la noche. San Martín se dirigió al palacio virreinal, dio el santo y seña y penetró en él saludado por la guardia. Unos minutos después

llegaba a palacio el marqués de Montemira, para celebrar una conferencia con el recién llegado, quien poco después tomó el camino del Callao para reembarcarse. Al día siguiente se esparció la noticia y produjo entre los limeños una inesperada explosión de fervor patriótico, si cabe entender con ello lo que entonces hicieron: “Para disminuir el antiguo respeto que se tenía a todo lo que era rey, se destrozaron los bustos y armas reales, reemplazándolas con las de la patria y con la inscripción de Lima Independiente” (Paz Soldán, 1868, p. 184).

Cochrane, al tener completa su escuadra con el arribo de los navíos *O'Higgins*, *Lautaro*, *Pueyrredón* y *Potrillo*, preparó ese día 10 un ataque al Callao. Pero muy distinto era el pensamiento de San Martín, que esa noche desembarcó en silencio y tomó el camino de Lima sin querer ser advertido. Cabalgó acompañado solo de un ayudante y se detuvo en una quinta situada a legua y media de la ciudad, donde sintiéndose fatigado quiso pernoctar. Allí descansaba cuando inopinadamente se presentaron ante él dos frailes, dirigiéndole sendos discursos de bienvenida y anunciándole que llegaban otros. No los esperó San Martín y reanudó la cabalgata hasta llegar a la casa del marqués de Montemira, que pronto se vio colmada. Escuchó allí pacientemente otros discursos y fue objeto de múltiples manifestaciones de admiración, sobre todo de las damas que en crecido número acudieron a recibirlo. A duras penas pudo librarse de sus aduladores y pasó a Mirones para pernoctar. Al día siguiente volvió a Lima para coordinar con el marqués de Montemira las medidas que la situación requería. Luego se situó en La Legua, donde estableció su sede de mando, teniendo Bellavista como cuartel general.

96

San Martín no pudo cumplir la promesa que hiciera al capitán Hall de no intervenir en la política peruana. Lo hizo desde el primer momento, emitiendo órdenes para que el marqués de Montemira las firmase y pusiese en vigor, como para aparentar que había un gobierno peruano. Y lo primero que dispuso, el 13 de julio, fue la formación de una milicia con voluntarios y con los desertores que fueron capturados; el sargento mayor José Caparroz, su edecán, quedó encargado de adiestrarla, para que sirviese en el resguardo de la tranquilidad pública, dándosele por cuartel el propio palacio de gobierno (OGESM, 1976, vol. 2, p. 326). Con este cuerpo parecía reemplazarse al ya disgregado Regimiento de la Concordia, aunque esto no se cita en el documento. Es de rigor anotar que de esta manera se empezaron a formar los cuerpos cívicos, que reclamaron fuero militar y lo perdieron al final de la campaña (OGEB, 1975, vol. 2, p. 411). Al día siguiente, Montemira notificaba que San Martín nombraba segundo comandante general de las armas de Lima al experimentado coronel José Manuel Borgoño (OGSM, 1976, vol. 2, p. 327).

5. A instancias de San Martín los notables juran la independencia del Perú.

Ese día 14 de julio, San Martín envió una nota al Ayuntamiento de Lima instándole a convocar “una junta general de vecinos honrados, que, representando al común de los habitantes de la capital, expresen si la opinión general se halla decidida por la independencia”. Fue explícito al señalar que dicha junta debían integrarla “personas de conocida probidad, luces y patriotismo” y que él estaba dispuesto a ejecutar lo que ella decidiese (DASM, 1911, t. XI, p. 363). Apenas recibida esta nota, el conde de San Isidro, alcalde de Lima, convocó a esa reunión de “notables”.

El domingo 15, por en medio de un pueblo que colmaba la plaza principal, se abrieron paso lujosas calesas conduciendo a lo más florido de la nobleza limeña, condes y marqueses, y también prelados y priores invitados a ser partícipes de la magna ceremonia. Concurrieron también algunos representantes de la elite intelectual, tal vez los únicos que entendían con

claridad lo que estaba por decidirse. Fue una larga sesión y en ella destacó con nitidez el discurso de José de Arriaz, viejo fundador de la Sociedad Amantes del País. Él pronunció aquellas frases de las que pronto se iban a desdecir muchos de los presentes, diciendo que había llegado la hora de liberar al Perú “de la corona y nación española y de toda dominación extranjera” (Leguía y Martínez, 1972, t. IV, pp. 385-387). Al cabo, todos los concurrentes suscribieron el Acta de la Independencia, cuya conclusión decía: “Que la voluntad general está decidida por la independencia del Perú, de la dominación española y de cualquiera otra extranjera” (DASM, 1911, t. XI, p. 360). En vez de decir que obraban por propia voluntad, hicieron puntual referencia de que obraron “con el objeto de dar cumplimiento a lo prevenido en el oficio del Excmo. Señor general en jefe del Ejército Libertador del Perú don José de San Martín”, a quien remitieron una copia certificada del documento, para que autorizase la sanción de lo actuado por medio del correspondiente juramento. La respuesta del capitán general fue inmediata:

En el momento he participado la feliz nueva al ejército y armada, para que se feliciten con un suceso tan plausible. Espero que V. E. -le dijo al alcalde de Lima- corone la obra disponiendo que, a la mayor brevedad, se proceda a hacer los preparativos para solemnizar el augusto acto en que esa populosa población proclame su anhelada independencia, y que sea con la pompa y majestad correspondientes a la grandeza del asunto y al decidido patriotismo de sus moradores (Leguía y Martínez, 1972, t. IV, p. 395).

En consecuencia, el 15 de julio de 1821 pasó a ser considerado como el día primero en que se anunció la independencia del Perú, y como para darle una significación adicional, San Martín decretó la libertad de todas las personas nacidas desde esa fecha, concediendo además la calidad de libre ciudadanía a todo esclavo que se enrolara en el ejército patriota. Esto último no fue muy del agrado de los potentados limeños, dueños de extensos fundos donde laboraban cientos de negros, pero no lo manifestaron públicamente porque no era el momento oportuno; lo harían poco después, aduciendo que sus bienes habían sido afectados. Ocurrió seguro lo contrario entre la población negra, aunque debieron surgir dudas de que se llegase a cumplir lo decretado.

Dispuso también San Martín que en el término de 48 horas se presentasen ante el marqués de Montemira todos los militares españoles que existiesen en la capital, para que se tuviese de ellos una relación formal. En medio de los festejos había desertado lo poco que quedaba del *Regimiento de la Concordia* y se quería prevenir que se vinculase con la delincuencia, que entonces imperaba. Por ello San Martín decretó pena de muerte contra los malhechores, no importando que lo robado fuese de poca valía. Aunque en las afueras de la ciudad se situaron cuerpos de cívicos para coger delincuentes que se ocultaban de preferencia en las chacras, todo vecino fue autorizado de hacerlo. Las gentes del pueblo que transitasen por los suburbios deberían portar obligatoriamente “un boleto impreso con la respectiva filiación, al igual que todos aquellos que tuviesen sus moradas fuera de la ciudad. Una junta militar integrada por cinco vocales y dos defensores, juzgaría sumariamente a los malhechores, y su decisión debía ser refrendada por el marqués de Montemira.

6. No se quiso a los guerrilleros en Lima.

Ese decreto tuvo un artículo que ilustra a las claras que no se quiso guerrilleros en Lima y en esto se pudo advertir que San Martín quiso contentar a los “vecinos honrados”, marginando a los que daban su cuota de sacrificio y de sangre por la independencia: “Todo individuo de las partidas de guerrillas que se encontrare en esta ciudad o sus inmediaciones

sin el correspondiente pase de sus jefes, será aprehendido y remitido al cuartel general de Bellavista” (OGESM, 1976, vol. 2, pp. 328-329).

El 16, todavía en Lima, San Martín escribió una carta a su padre, expresándole el entusiasmo que sentía por la marcha de los acontecimientos, pero deplorando “las pasiones y anarquía” desatadas en su patria. Decía entonces que en “unos pocos meses” cimentaría la libertad del Perú y que su sueño era buscar un retiro y pasar el resto de su vida dedicado a educar a su hija. “Adiós, mi padre amado -concluía la carta-, no pierde la esperanza de abrazar a usted pronto, su hijo, Pepe” (DASM, 1911, t. XI, p. 360). Tras ello se volvió a La Legua donde iba a permanecer hasta el 20.

El 17 había desembarcado Cochrane en Chorrillos, recibiendo la invitación del Cabildo para entrar en la ciudad. Lo hizo sin hacer ostentación, pero esa noche, en el antiguo palacio de los virreyes, fue agasajado por la siempre aparatosa sociedad limeña, no concurriendo a esa velada San Martín que prefirió quedarse en La Legua. El distanciamiento entre ambos jefes era notorio, y Cochrane no pudo dejar de mencionarlo: “El general San Martín rehusó asistir a esta demostración de felicitaciones [...], creyendo probablemente que semejantes honores eran prepósteros para uno a quien él podía, como capitán general, considerar su subordinado, y con tanta más razón cuanto que no le habían ofrecido el mismo cumplimiento” (Cochrane, 1863, p. 148). No permaneció Cochrane en Lima y se reintegró a bordo del *O'Higgins*, frente al Callao.

Ese día, procediendo de manera ambivalente, al tiempo que decretaba San Martín que desapareciesen todos los escudos españoles que se exhibían en las casonas limeñas, ordenó al marqués de Montemira aplicar severos castigos a todo aquel que insultase o vejase a los españoles aun avecindados en la capital. Para el caso, oficializó la formación de la *Guardia Cívica*, nombrando por su comandante al marqués y brigadier José Bernardo de Torre Tagle, oportunamente llegado a la capital. Entre tanto, las tropas virreinales continuaban su retirada, solo aguijoneadas por algunas partidas de guerrilleros. Varios personajes coetáneos criticaron severamente a San Martín por no haber procedido entonces contra La Serna, señalando entre líneas que hubo un tácito acuerdo que se mantuvo invariable.

Los esfuerzos de las partidas de guerrillas para acosar a las tropas españolas fueron tan afortunados como constantes, y si se hubiese enviado una división del ejército libertador para secundar a las guerrillas, es probable que el ejército español hubiera sido completamente destruido; pero todas las tropas estaban en las barracas de Lima o Bellavista, donde estacionaban para vigilar 800 hombres encerrados en las baterías del Callao (Stevenson, 1971, pp. 294-295).

98

7. La desastrosa retirada de los realistas.

Desde el inicio de su retirada, el ejército de La Serna sufrió muchas deserciones. Solo en el tramo de Lurín a Bujama, patriotas que les seguían el rastro encontraron más de treinta cadáveres, que eran pasto de las aves de rapiña; unos sucumbieron por ir muy enfermos y “otros fusilados en el tránsito por no poder seguir la marcha” (DASM, 1911, t. XI, p. 367). El brigadier Rodil, que iba en retaguardia, “fusiló un gran número en el acto de desertarse” (Cochrane, 1863, p. 149). Otra crónica agregó: “Rodil y Valdés fusilan a todo soldado que por cansado o enfermo no puede continuar sus marchas diciéndoles: mueran antes de volver a ser enemigos nuestros” (DASM, 1911, t. XI, p. 368). Y La Serna, a su paso por Huaycán el 13 de julio, amenazó con la pena capital a todo individuo, soldado o civil, que marchando con su ejército se apartase quince metros de la ruta que seguía. Aunque terrible, la amenaza no surtió efecto, pues entre Huaycán y Lunahuaná desertaron otros novecientos

individuos, en medio de alfilerazos de los guerrilleros (Stevenson, 1971, p. 294). Ninavilca, Vidal y otros comandantes no les dieron un momento de reposo. En Tauripampa ocurrió algo terrible; el templo que había servido de hospital a los realistas fue quemado al reemprenderse la retirada, sin que se sacase a los enfermos que no habían podido reponerse. A decir de Rodil, “era más honroso para ellos morir así que verse reducidos a combatir en las filas de los rebeldes” (ob. cit., p. 296). Pudo San Martín haber destrozado entonces al ejército de La Serna, pero optando por la acción negociadora, que él quiso entender como persuasiva, a la larga provocó sin proponérselo la prolongación de la guerra y para Cochrane, incluso, puso en peligro a uno de los países aliados:

Las guerrillas patriotas mismas, sin ser ayudadas, habían derrotado a los (realistas); de modo que, si se hubiese enviado una división del ejército libertador para cooperar con aquellas, todo el ejército español habría quedado aniquilado en lugar de formar, como luego lo hizo, el núcleo de una fuerza que [...] no solo amenazó la independencia del Perú, sino también de la república de Chile (Cochrane, 1863, p. 149).

Al replegar San Martín las fuerzas que había conducido Arenales, quedaron sin protección los pueblos que poco antes se habían adherido a la independencia. Iban a sufrir entonces crueles represalias por parte de los realistas, que viéndolos reacios a prestarles apoyo perpetraron en ellos todo género de tropelías.

8. La proclamación del 28 de julio.

Pero Lima vivía de espaldas al interior y solo se afanaba en “solemnizar el acto más grandioso que haya efectuado en tres siglos”, como decía la invitación que el Cabildo alcanzó al lord Cochrane para que asistiese con sus oficiales a la proclamación de la independencia, que se fijó para el sábado 28. La publicación oficial del decreto oficializando la ceremonia se hizo el 22, y durante varios días se vivió un ambiente festivo en medio de un trajín sin precedentes. El 28, desde muy temprano, formaron con lo mejor de sus galas los diversos cuerpos del Ejército Unido Libertador. Y a media mañana se vio salir de palacio al general San Martín acompañado del marqués de Montemira, los oficiales del estado mayor del ejército, los catedráticos de la Universidad y de los principales colegios, las autoridades judiciales, los miembros del cabildo, dignidades eclesiásticas y prelados de las órdenes religiosas, algunos ex ministros de la Real Cancillería de los Reyes y muchos nobles de Castilla convertidos en patriotas de la noche a la mañana, “todos en briosos caballos ricamente enjaezados” (DASM, 1911, t. XI, p. 372), marchando detrás la guardia de caballería y de alabarderos de Lima, el escuadrón *Húsares de la Escolta*, el batallón N° 8 con las banderas de Buenos Aires y de Chile enarboladas, y la artillería con sus respectivos cañones.

La impresionante comitiva se detuvo ante una especie de anfiteatro instalado en medio de la plaza mayor, a cuyo tabladillo subió San Martín desplegando la flamante bandera del Perú. Y aquietado un momento el inmenso gentío, pronunció desde lo alto estas breves frases: “El Perú es desde este momento libre e independiente por la voluntad general de los pueblos, y por la justicia de su causa que Dios defiende” (DASM, t. XI, p. 373). Eso fue lo que consignó la Gaceta del Gobierno de Lima Independiente, agregando que San Martín:

Batiendo después el pendón, y en tono de un corazón anegado en el placer puro y celestial que solo puede sentir un ser benéfico, repetía muchas veces: ¡Viva la patria! ¡Viva la libertad! ¡Viva la independencia!, expresiones que como eco festivo resonaron en toda la plaza, entre el estrépito de los cañones, el repique de todas las campanas de la ciudad, y las efusiones de alborozo universal, que se manifestaba de diversas maneras, y especialmente con arrojar desde el tablado y los balcones, no solo medallas de plata con inscripciones que

perpetuasen la memoria de este día, sino también toda especie de monedas pródigamente derramadas por muchos vecinos y señoras, en que se distinguió el ilustre colegio de abogados (ibidem).

Pero William Bennet Stevenson, que como secretario del lord Cochrane presenciaba la escena desde un balcón contiguo, escuchó decir a San Martín: “El Perú es desde este momento libre e independiente, por el voto general del pueblo y la justicia de su causa; ¡que Dios le proteja!” (Stevenson, 1971, p. 298). El almirante apuntó algo muy parecido: “Perú es desde este momento libre e independiente, por el consentimiento unánime del pueblo y por la justicia de su causa, que Dios proteja” (Cochrane, 1863, p. 152). Mientras que otro cercano testigo, el escocés Basil Hall consignó casi lo mismo que la crónica periodística: “Desde este momento el Perú es libre e independiente por la voluntad general del pueblo y por la justicia de su causa, que Dios defiende [...] ¡Viva la patria! ¡Viva la independencia! ¡Viva la libertad!” (1971, p. 242).

La diferencia de versiones pudo deberse al hecho de que la ceremonia se replicó “en todos aquellos sitios públicos donde en épocas pasadas se anunciaba al pueblo que había de soportar sus míseras y pesadas cadenas” (ibidem), produciéndose así las ligeras variantes. Las medallas lanzadas de los balcones, que el gentío recogió entusiasmado, contenían esta inscripción en el anverso: “Lima libre juró su independencia en 28 de julio de 1821”, y esta otra en el reverso: “Bajo la protección del Ejército Libertador del Perú, mandado por San Martín”. Este tenor lo había escogido ex profeso el capitán general, que pronto adoptaría el título de Protector. La bandera que empuñó y batió ese día la diseñó él mismo, con “el sol naciente apareciendo por sobre los Andes, vistos detrás de la ciudad, con el río Rímac bañando su base, divisa (que) con un escudo circundado de laurel ocupa(ba) el centro de la bandera, dividida diagonalmente en cuatro piezas triangulares: dos rojas y dos blancas” (Hall, (1971, p. 242). Este testigo debió escuchar las motivaciones que tuvo San Martín al crearla.

100

9. Las tapadas celebran y se inaugura un nuevo gobierno.

Un solemne Tedeum fue oficiado al día siguiente en la Catedral, donde las autoridades y los ciudadanos de nota juraron ante las sagradas escrituras, “defender, no solamente sus opiniones, sus propiedades y sus personas, sino también la independencia del Perú contra el gobierno español y contra todo poder extranjero” (Stevenson, 1971, pp. 295-296). Así consta en las memorias del secretario de Cochrane, y ese orden de prioridades no resulta precisamente plausible.

Esa noche hubo un gran baile en palacio. En las ventanas y corredores se situaron damas vestidas a la usanza de las tapadas, muchas de ellas no necesariamente invitadas, que cuando lo juzgaron oportuno entraron al salón principal como lo permitía una antigua costumbre colonial limeña. Si en el palacio mostraron algún recato, que no les era propio, en la fiesta que tuvo lugar en la sede del Cabildo “mantuvieron un fuego graneado de bromas con los caballeros al finalizarse el baile” (Hall, 1971, p. 244). Podían vestir de tapadas damas de todas las clases sociales a excepción de las esclavas, aunque un marino inglés que estuvo aquí por esos días comprobó que esa regla era burlada (Caldcleugh, 1971, p. 182)

El 30 de julio, aun con los efluvios de la fiesta, una delegación del Cabildo se presentó ante San Martín para rogarle que asumiera la presidencia del nuevo estado independiente. Varios testimonios señalan que él sonrió desdeñosamente al escuchar la propuesta, pues de

facto se había constituido ya en la autoridad suprema del Perú. Y lo señaló así, con cierta dureza:

San Martín contestó, sonriendo, que el ofrecimiento era completamente inútil; que habiendo tomado ya aquel mando, lo conservaría mientras que lo juzgase conveniente, y que no habría, sin su beneplácito, ni juntas ni asambleas para la discusión de los asuntos públicos. Esta respuesta no podía estar en armonía con la manera de pensar de unos hombres que acababan de jurar ante el Ser Supremo el mantenimiento de su libertad y su independencia (Stevenson, 1971, p. 297).

En uno de esos arranques que de vez en cuando le fueron propios, San Martín habló como un flamante dictador. Ciertamente que entre sus aduladores de turno había pocos con aptitudes destacadas, que tal vez no había bases seguras para instaurar una república como se había hecho en Buenos Aires y en Chile, que por ello habían tomado fuerza en su pensamiento y en el de su círculo más cercano las ideas monárquicas, pero la respuesta cortante sorprendió a los cortesanos limeños:

Con gran sorpresa de los enviados, se les dijo en pocas palabras que su ofrecimiento era enteramente superfluo, puesto que ya había asumido el mando, el que conservaría todo el tiempo que le pareciera, y que entre tanto no permitiría se formasen reuniones para discutir los asuntos públicos. Así es que el primer acto de esa libertad e independencia tan ostentadamente proclamadas la víspera, era el establecimiento de un gobierno despótico, en donde el pueblo no tenía voto ni parte (Cochrane, 1863, p. 152).

Tal vez reparó San Martín en que se había excedido en sus expresiones y trató de reparar ese error al proclamarse Protector del Perú el 3 de agosto, reuniendo en su persona todo el poder político y militar. Había venido para terminar con el dominio español, pero evitó referirse a la guerra, y al no requerir el parecer de los jefes más connotados del ejército fue creándose animadversiones que crecerían con la inercia de varios meses en Lima. Designó a Juan Gregorio de Las Heras como general en jefe del ejército, relegando al mucho más valioso general Arenales por saberlo partidario de la guerra activa. Su todopoderoso ministro Monteagudo consideró como él que la independencia del Perú era un hecho consumado, y entonces se pospusieron las operaciones militares, “como si los españoles hubiesen quedado reducidos a la impotencia” (Vargas Ugarte, 1966, t. VI, p. 180). Mas el protectorado tuvo algunas facetas gubernamentales dignas de encomio, cuyo recuento queda aparte del tema aquí expuesto.

101

4. Literatura citada

Caldcleugh, A. (1971). El Perú en víspera de la jura de la independencia (1821). Colección Documental de la Independencia del Perú. Lima, 1971, t. XXVII, Relaciones de Viajeros, vol. 1, pp. 173-198.

Cochrane, T. (1863). Memorias de Lord Cochrane Conde de Dundonald. París: Imprenta de Eduardo Blot. Prologó esta edición Manuel Bilbao, estando en Lima en 1861.

Colección Documental de la Independencia del Perú (1976). Obra Gubernativa y Epistolario de San Martín, tomo XIII, vol. 2. Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú. Citado en el texto como OGESM.

Colección Documental de la Independencia del Perú (1975). Obra Gubernativa y Epistolario de Bolívar, tomo XIV, vol. 2. Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú. Citado en el texto como OGEB.

Comisión Nacional del Centenario de la Independencia de Argentina. Documentos del Archivo de San Martín (1911). Buenos Aires: Imprenta de Coni Hermanos. Citado en el texto como DASM.

Hall, B. (1826). El Perú en 1821. Colección Documental de la Independencia del Perú. Lima, 1971, t. XXVII. Relaciones de Viajeros, vol. 1, pp. 199-273.

Leguía y Martínez, G. (1972). Historia de la Emancipación del Perú: El Protectorado. Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.

Odriozola, M. (1873). Documentos Históricos del Perú colectados y arreglados por el coronel de caballería del ejército fundador de la independencia Manuel de Odriozola. Lima: Imprenta del Estado.

Ortemberg, P. (2016). Rituales de poder en Lima (1735-1828). De la monarquía a la república. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú. Fondo Editorial.

102

Paz Soldán, M. F. (1868). Historia del Perú Independiente. Lima: Imprenta y Estereotipia de Carlos Paz Soldán.

Stevenson, W. B. (1829). Memorias sobre las campañas de San Martín y Cochrane en el Perú. En: Colección Documental de la Independencia del Perú. Lima. 1971, t. XXVII. Relaciones de Viajeros, vol. 3, pp. 73-338.

Torrente, M. (1830). Historia de la Revolución Hispanoamericana. Madrid: Imprenta de Moreno.

Vargas Ugarte, R. (1966). Historia General del Perú. Lima: Editorial Milla Batres.

REVISTA DE INVESTIGACIÓN MULTIDISCIPLINARIA



<http://www.ctscafe.pe>

Volumen V- N° 13 Marzo 2021

*Contáctenos en nuestro correo electrónico
revistactscafe@ctscafe.pe*

163

Página Web:

<http://ctscafe.pe>

Blog:

<https://ctscafeparaciudadanos.blogspot.com/>

Facebook

<https://www.facebook.com/Revista-CTSCafe-1822923591364746/>